



LOS FUNERALES Y LA INHUMACIÓN

DEL ILMO. SR.

OBISPO CARRILLO Y ANCONA

A las seis y media a. m. comenzó la Misa solemne de Requiem, cantada por el Vicario Capitular Monseñor Norberto Domínguez. El cuerpo del Ilmo. Sr. Carrillo había sido trasladado ya al Presbiterio, frente al altar mayor, y colocado sobre sencillo pero elegante túmulo en que se veían las coronas ofrecidas á nombre del señor Presidente de la República, y de otras personas y corporaciones: de lo alto de la cúpula del templo, y partiendo de una corona magnífica, caían sobre el catafalco, abriéndose hacia ambos lados, elegantes cortinajes en que se combinaban

con gusto y propiedad los colores blanco y negro; en los cuatro ángulos del catafalco, se elevaban cuatro pebeteros de forma elegantísima, en los que se veían flamear cuatro llamas temblorosas, como espíritus prontos á elevarse á las regiones eternas sobre las aromosas nubes del incienso; cuatro estandartes negros se veían también en los cuatro ángulos del monumento, y allá en lo alto de éste, el cuerpo del Ilmo. Sr. Obispo, revestido del traje propio de su alta Dignidad, coronado por la mitra y sujetando con la diestra el simbólico cayado del Pastor.

La espaciosa Catedral estaba henchida de gentes de todas las clases sociales: allí estaban los sacerdotes y los alumnos del Seminario Conciliar, con sus trajes especiales; los componentes de la V. Archicofradía del Santísimo Sacramento, revestidos de sus rojas vestiduras, símbolo del fuego del amor á Jesús Sacramentado que abraza al corazón cristiano; el Consejo de la Universidad Pontificia; los representantes de la prensa; las Conferencias de San Vicente de Paul; la Comisión que representaba á la ciudad de Izamal, cuna del egregio Prelado; las escuelas católicas; los gremios de la ciudad, cuyos estandartes se veían adornar la nave principal del templo, y en fin, el pueblo todo, poseído de más profundo dolor, contemplando con los

ojos humedecidos por las lágrimas, el cadáver de su Pastor.

Y el incienso subía en anchas espirales hacia la bóveda del templo, y se escuchaba la voz del oficiante alternándose con la música y las voces del coro. ¡Qué majestad en las ceremonias! ¡Qué sublimidad en los cánticos inimitables de la Misa de Réquiem! ¡Qué recogimiento, qué...
¡Oh Santa Iglesia Católica, oh esposa muy amada de Jesús! ¡cuán imponentes, cuán augustas, cuán sublimes son estas solemnidades magníficas del culto, que elevan al alma, de estas miseras regiones de la tierra, á los campos esplendorosos de la celestial Jerusalén!

Terminada la Misa, se cantaron los responsos en la forma prevenida por el Ceremonial de Obispos. Jamás habíamos oído mejor aplicadas las palabras del cántico de Ezequías: "Ego dixi: In dimidio dierum meorum vadam ad portas inferi.—Quaesi vi residuum annorum meorum." "Dije yo: A la mitad de mis días entraré por las puertas del sepulcro. Privado me veo del resto de mis años..." Y la más profunda emoción embargó el alma de los que entendieron estas palabras que recordaban la brevedad de la vida de nuestro Ilustre Pastor! Y todavía ahogándonos de pena, escuchamos también estas palabras que venían á mitigarla, consolando dulcemente

nuestro angustiado corazón: "Audiui vocem de coelo dicentem mihi.—Beati mortui, qui in Domino moriuntur." "Oí una voz del cielo que me decía: "Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor."

La melancólica voz de las campanas que doblaban á muerto; la música magnífica y sublime del oficio de difuntos; las voces de los sacerdotes; los cánticos funerales; las nubes de incienso que se elevaban como oraciones místicas al trono de Dios; las lámparas y los cirios; las negras colgaduras; los estandartes de los gremios, todo, en fin, contribuía á dar á aquellas solemnidades tan imponente majestad y tan lúgubre tristeza, que el alma se sentía, ora como atemorizada y recogida en lo más hondo de nuestro sér, ora como desatada de las ligaduras de la materia, elevándose á los infinitos espacios, como blanco y tenue celaje ó como el delicado perfume de la flor.

Cesó el clamor funeral de las campanas; extinguiéronse las voces de los sacerdotes; se apagaron las notas melancólicas de la música sagrada, y el silencio batió sus alas en los ámbitos del templo. Momentos después, sólo se escuchaba la voz del orador sagrado, del señor Pbro. D. Carlos de Jesús Mejía, Rector del Seminario Conciliar que hacía el elogio fúnebre del Ilustre Pre-

lado, con esa elocuencia sencilla, pero llena de unción y de sentimiento, que caracteriza sus admirables discursos. Las partes más conmovedoras de su improvisada oración, fueron aquellas en que recordó las últimas palabras del Prelado difunto cuando recibió el Sagrado Viático, y cuando el elocuente orador, embargado por la más profunda emoción y con la voz entrecortada por los sollozos, se despidió del mismo Prelado: "Adiós, ¡Oh Padre mío! Adiós, amado Pastor, ya no volveremos á verte...."

Terminó, por fin, toda solemnidad en el templo, y se organizó la procesión que fué saliendo lentamente. En el atrio de la Catedral, el joven poeta D. Ramón Aldana Santamaría, hijo del inolvidable vate yucateco, D. Ramón Aldana Puerto, pronunció, con voz conmovida, un elogio fúnebre lleno de elevadas ideas y sembrado de flores retóricas del más exquisito gusto.—La procesión continuó luego su camino hacia el parque "Hidalgo;" rompían la marcha los alumnos de las escuelas católicas y les seguían los gremios de la ciudad, enarbolando sus banderas y estandartes; las Conferencias de San Vicente de Paul; la Archicofradía del Santísimo Sacramento; un número extraordinario de caballeros, todos vestidos con trajes de riguroso luto, los alumnos y profesores del Se-

minario Conciliar, y por último, el cadáver del Ilmo. Sr. Carrillo, seguido del Venerable Clero y de la Banda de música del Estado.—El pueblo henchía las calles, las plazas, las ventanas, los balcones y las azoteas, de tal manera, que parecía un mar de cuerpos humanos que se movía, que se agitaba continuamente.—De algunas ventanas y azoteas arrojaban flores al pasar el cuerpo del ilustre Prelado, que era conducido en hombros de comisiones que se alternaban en cada esquina: la comisión de Izamal, compuesta del Dr. D. Manuel Bolio y Ponce, de D. Perfecto Bolio y Bolio y de otras personas de la misma localidad, recibió el cuerpo en la plaza de la Mejorada y lo colocó en el carro fúnebre modelo de elegancia y buen gusto, debido á la hábil dirección del señor D. Rafael Peón y Loza.—Partió el carruaje fúnebre; partieron los coches del ferrocarril urbano y los trenes de los ferrocarriles de Mérida á Progreso, de ambas líneas; partieron los numerosos carruajes particulares, y partió, en fin, el pueblo todo, ora en los vehículos expresados, ora á pie, hacia la finca Petkanché, última morada del sabio difunto.—Y allí, dominando el tumultuoso oleaje del pueblo, se elevó la robusta é inspirada voz de D. Néstor Rubio Alpuche, quien hizo el elogio fúnebre del señor Carrillo: en frases correctas, esmaltadas con el bri-

llo seductor de imágenes poéticas y sembradas de pensamientos delicados, habló el orador del filósofo, del literato conspicuo, del diligente anticuario, del infatigable obrero de la civilización, del patriota celoso y entusiasta y del Prelado, en fin, que ha sido honra y gloria de la Iglesia y de la Patria, y muy especialmente de esta histórica tierra de los mayas, que tanto amor inspiró á su corazón y tanto interés despertó en su privilegiada inteligencia.

(Consumóse la obra, al fin: en medio de las fúnebres ceremonias, acompañado por las voces de los sacerdotes, sentido por todas las almas, llorado por todos los ojos, vimos desaparecer el cuerpo del señor Obispo tras la insensible y fría losa del sepulcro. ¡Ah! ¿cómo es, Dios mío, que tanta gloria pueda caber en el estrecho recinto de una sepultura? ¿cómo es que tanta grandeza pueda convertirse en un puñado de polvo? ¿cómo es que pueda apagarse para siempre, como débil lamparilla, la llama poderosa de tan gran inteligencia? ¿cómo puede caber ese corazón, capaz de albergar á un mundo, en ese mezquino hueco abierto en las entrañas de la tierra? ¡Insondables misterios de la muerte, desvanecéos, desvanecéos, como liviana niebla ante mis espantados ojos; dejadme ver más allá los espacios infinitos en que pueda volar, libre de mortales ataduras, esa alma

Ponce y Font. —56

grande del Sr. Carrillo; dejadme ver por un momento esas oleadas gigantescas, esos torrentes de luz que inundan la creación y que iluminan ya su frente pensadora; dejadme contemplar extasiado ese mar insondable, ese océano infinito, sin playas ni horizontes, en que se agitan millares de mundos superiores al nuestro; dejadme ver, en fin, dejadme sentir la Eternidad: que sólo así podré comprender que no es el obscuro hueco de esa tumba miserable el término de una vida tan grande como la vida del Ilmo. Sr. Carrillo!



LA DIPUTACION DE COMERCIO

DATOS HISTORICOS

1804-1884

En estos momentos en que acaba de bajar á la tumba el eminente patriota y distinguido ciudadano D. Juan Miguel Castro, que tantos y tan importantes servicios prestó al país y muy especialmente al comercio de esta capital y á la Diputación, de la cual fué durante largos años el alma que la inspiraba y la sostenía, no parece inoportuno consignar en "La Revista de Mérida" los pocos datos que acerca de esta importante institución hemos podido recoger en sus archivos, harto descuidados é incompletos, por desgracia.